

SARTRE: ENCARNACIÓN Y CONFLICTO¹

Claudio Troncoso Barría

[...] las luchas no son nunca, ni en ninguna parte, accidentes de la historia humana: ellas representan la manera misma en que los hombres viven la escasez en su movimiento perpetuo por superarla. O, si se prefiere, la lucha es la escasez como una relación de los hombres entre sí.

[...] la praxis humana tiene un objetivo insuperable: salvar la vida.

Sarte, *Crítica de la razón dialéctica*, volumen póstumo.

RESUMEN

En lo que sigue, se aborda la noción sartreana de 'encarnación'. Con tal finalidad, se parte de un caso particular de encarnación —el de la violencia en un combate de boxeo— para considerar, a continuación, el conflicto originado por el proyecto político central del estalinismo. Todo ello teniendo como principal referente —aunque no exclusivo— el volumen póstumo de *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre.

¹ El presente artículo es el último, de una serie de tres, derivado de nuestra investigación DIUC N° 202.063.003-1.0 —"Libertad, alienación y violencia en *El ser y la nada* y *Crítica de la razón dialéctica* de Jean-Paul Sartre"—, realizada con el apoyo de la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción. Salvo casos muy puntuales, no reiteraremos aquí diversas referencias a otros trabajos (y temáticas) de Sartre, aludidos en los dos artículos anteriores ("Aproximaciones a la noción de alienación en Sartre: de *El ser y la nada* a *Cuestiones de método*"; Universidad de Concepción, *Cuadernos de Filosofía* N° 21, 2003, pp. 63-82; "Violencia e intersubjetividad en Sartre"; Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, *Philosophica* N° 27, 2004, pp. 301-316.

Palabras claves: Sartre, violencia, conflicto, encarnación.

ABSTRACT

The following work approaches the Sartrean notion of "incarnation". For this purpose, we start from a particular case of incarnation - that of the violence in a boxing match - to continue to consider, the conflict originated from the central political project of Stalinism, having as the main reference Sartre's *Critique of Dialectical Reason*.

Key words: Sartre, violence, conflict, incarnation.

Recibido: 07.11.05 Aceptado: 25.11.05

Iniciamos estas líneas recordando que en el año 2005 se cumple un siglo del nacimiento de Sartre y veinte años de la aparición póstuma del segundo tomo de su *Crítica de la razón dialéctica*, volumen inconcluso en que el filósofo se proponía abordar el problema de la inteligibilidad de la historia. Este último trabajo fue elaborado en 1958, paralelamente al tomo I; en consecuencia, su redacción precedió a la publicación, en 1960, del volumen dedicado a la teoría de los conjuntos prácticos, por lo que no guarda una relación de continuidad con este último.²

Pero abordar la difícil cuestión de la inteligibilidad de la historia exigía, bajo la óptica de Sartre, considerar el problema de hacer comprensibles los conflictos sociales puesto que la historia humana lleva el sello indeleble de éstos. De cualquier modo, se trataría de una

² Cfr. Colombel, Jeannette: *Jean-Paul Sartre. Un homme en situations*, Gallimard, París, 2000, p. 575.

empresa que el filósofo vislumbraba como imposible de ser llevada a cabo por el trabajo de un solo hombre, habida cuenta de la enorme cantidad de información que habría sido preciso manejar.³ Ello explicaría, entonces, el carácter inconcluso de ese segundo volumen. Ahora bien, como medio para acceder al estudio de los conflictos sociales el filósofo elige un match de boxeo,⁴ en tanto ejemplo de un conflicto singular. El examen realizado se inserta en una postura marcadamente nominalista, muy característica de la perspectiva sartreana, lo que no impide, por

³ Cfr. Martínez Contreras, Jorge: *Sartre. La filosofía del hombre* (tesis doctoral), traducción de Francisco González A.; Siglo Veintiuno Editores, S. A., México, 1980, pp. 433-434 (nota 103), lugar en que el autor nos informa acerca de una conversación que sostuvo con Sartre sobre el particular.

⁴ Poco antes del final del tomo I de su *Crítica de la razón dialéctica*, Sartre alude explícitamente a un “combate singular” en términos que permiten pensar en un match de boxeo; cfr. *Crítica de la razón dialéctica*, precedida de *Cuestiones de método*, tomo I, ‘Teoría de los conjuntos prácticos’, en traducción de Manuel Lamana, dos volúmenes; Editorial Losada, Buenos Aires, 1970, segundo volumen, p. 492. En adelante, citada como ‘*Crítica*’ indicando número del volumen y seguida de la correspondiente referencia a la edición francesa de 1985 (realizada bajo el cuidado de Arlette Elkaim-Sartre), tomo I en un solo volumen (921 páginas), precedida de *Questions de méthode*; Gallimard, París. En lo que sigue la citaremos como ‘*Critique, I*’. Una alusión explícita a boxeadores -entre otros lugares- la encontramos en *Crítica, I*, p. 249; *Critique, I*, p. 228. También en su célebre obra sobre el ser y la nada el autor recurre a la figura del boxeador para una determinada ejemplificación (sobre la noción de ‘acto’); cfr. *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*; traducción de Juan Valmar, revisada por Celia Amorós. Alianza Editorial / Editorial Losada, Madrid, 1984, p. 193 (en adelante, citada como ‘*El ser y la nada*’). Y antes, en su breve pero importante trabajo sobre las emociones, el filósofo ha recurrido a la figura de los boxeadores para explicar cierto aspecto del miedo en su modalidad activa (cfr. Sartre, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, traducción de Mónica Acheroff; Alianza Editorial, 1973, pp. 91-92). Las múltiples referencias al boxeo en la obra sartreana tienen una base vivencial poco conocida del filósofo, quien practicó con bastante entusiasmo dicha actividad deportiva, especialmente con sus alumnos del liceo; también se puso los guantes estando prisionero durante la “guerra extraña” (*drôle de guerre*). Cfr. Cohen-Solal, Annie: *Sartre*, traducción de Agustín López T. y Christine Monot; Edhasa, Barcelona, 1990, pp. 124, 211.

supuesto, que tras lo particular podamos aprehender lo general. En efecto, Sartre rápidamente trasciende el plano de la singularidad al mostrar que en un combate de boxeo ambos púgiles son “individuos comunes [pues] contienen en sí a los adversarios que ya han vencido y, por esta mediación, a todo el universo del boxeo.”⁵ Es más, en cada golpe se encontraría todo el boxeo, en la exacta medida en que cada golpe es una exigencia del boxeo según las reglas que lo definen y le dan un alcance universal. “Así, cada match es todo el boxeo”,⁶ vale decir, en cada combate nos encontraríamos con una *encarnación* del boxeo en su conjunto. Con esta noción, la de ‘encarnación’,⁷ utilizada como una recurrente clave hermenéutica, Sartre se refiere a la individualización de un proceso de totalización, entendiendo por esto último el resultado de la integración de múltiples factores en relación con un objetivo determinado. Así, totalizar el boxeo significa considerarlo en sus diversos aspectos y factores involucrados: púgiles, managers, jueces, público (los verdaderos productores de boxeadores, según Sartre), la violencia reglamentada, etc., todo ello estructurado según un objetivo: el boxeo como práctica deportiva. Es esta pluralidad de elementos en juego la que se encarna en aquel combate singular, en esos púgiles y en cada uno de sus golpes y fintas; pero también en cada espectador, en la medida en que el público se compromete en un proceso de identificación con los combatientes. Ahora bien, no debe pensarse, según nos advierte Sartre, que la

⁵ Sartre, *Critique de la raison dialectique*, tomo II (volumen póstumo, inconcluso); edición a cargo de Arlette Elkaim-Sartre, Gallimard, París, 1985, p. 28. (En adelante, ‘*Critique, II*’).

⁶ Op. cit., p. 30.

⁷ Cfr. op. cit., p. 37. Ya en el primer tomo de la *Crítica* Sartre pone en juego esta noción aunque sin tematizarla propiamente, como cuando, abordando la relación entre lenguaje y materia, señala que “[...] cada vocablo es *todo* el lenguaje actualizado” (*Crítica, I*, p. 231, nota; *Critique, I*, p. 211; subrayado de Sartre. Aclaremos que, a menos que indiquemos otra cosa, todo subrayado en las citas pertenece al autor).

encarnación sea sinónimo de simbolización⁸ o constituya una mera representación de algo. Los púgiles de ese combate en particular no simbolizan ni representan conflicto alguno; sus hematomas y heridas no están allí como símbolos sino como huellas tangibles del desarrollo de un conflicto en toda su cruda realidad. Ni siquiera puede sostenerse que la muerte se vislumbre a título de mera simbolización, como se verá más adelante.

Ahora bien, nos interesa poner de relieve que, de acuerdo con el examen de Sartre, en ese combate particular estamos frente a la encarnación de *todo* conflicto y no solo del boxeo. Es más, ese match encarnaría el *universo de violencia* propio de un mundo de escasez, escasez que resultaría indisociable de la historia humana, según ha quedado consignado en el primer tomo de la *Crítica*⁹ y reiterado en el volumen póstumo de este mismo trabajo.¹⁰ En el caso que nos ocupa, se trata de una violencia que es preciso ejercer por mor del llamado 'arte del boxeo' y no como producto del odio o de la cólera. Lo que en el combate de boxeo se encarna es la *violencia fundamental*,¹¹ de la que también se hace partícipe el público; esto es, aquí se encuentra involucrada aquella violencia que preexiste, como si se tratara de su condición de posibilidad, a toda manifestación concreta de violencia y que echa sus raíces en la situación específica en que se desenvuelve la existencia de los diversos participantes de esa violencia en particular. Por ello, cualquier acto

⁸ Cfr. *Critique*, II, p. 237.

⁹ Cfr., p. ej., *Crítica*, I, p. 258; *Critique*, I, p. 237.

¹⁰ Cfr., entre otros lugares, *Critique*, II, pp. 23, 394-395 (nota). Y en relación con la posibilidad de que la ciencia llegue a prolongar la vida del hombre hasta lindar en la inmortalidad -lo que requeriría superar la escasez-, Sartre sostiene: "Me resisto [...] a considerar la hipótesis de una inmortalidad técnicamente adquirida en el seno de la abundancia: este sueño perfectamente indeterminado, si pudiera realizarse algún día, señalaría el fin de la *historia humana*, eso es todo" (op. cit., p. 323, nota 1). Sin muerte no hay historia; al menos, no la que reconocemos como tal (cfr. op. cit., p. 437).

¹¹ Cfr. *Critique*, II, p. 34.

violento ejercido contra otro es siempre *toda* la violencia y en ella nos encontramos siempre con una reexternalización de la escasez previamente interiorizada.¹² Veamos qué significa esto.

En primer lugar, consideremos la escasez, noción que ya ha ocupado la atención de Sartre a lo largo del primer tomo de su *Crítica*. Para el autor, la escasez constituye “una relación sintética de todos los hombres con la materialidad no-humana y de todos los hombres entre sí a través de esta materialidad [...]”¹³ No se trata de una escasez que haya de ser vista en un plano de exterioridad al conjunto social; tampoco como si se tratase de un principio abstracto utilizable como simple eje explicativo de algún proceso. La escasez, se esfuerza por mostrar Sartre, sería una realidad *objetiva* que dice relación con aquello que el ser humano necesita para vivir en su calidad de tal y que se interioriza e imbrica con la *violencia* que en cada uno existe como violencia giratoria de todos -lo que le confiere cierta unicidad-, en la medida en que son las necesidades del conjunto social las que en último término definen un campo como escasez... que se vuelve contra nosotros precisamente como violencia. Pero esta violencia, en realidad, no unifica ni a los hombres ni a los grupos en un sentido positivo sino negativo, del mismo modo en que lo hace la escasez, que es capaz de unificar a un conjunto de seres humanos en la medida en que éste reacciona contra aquella¹⁴ pero cuyos integrantes se ven unos a otros, en un mismo proceso, como potenciales enemigos. Por ello, la violencia, vinculada estrechamente con la escasez, siendo un producto propiamente humano es, al mismo tiempo, oposición a lo humano. De aquí, entonces, que cobre sentido ese

¹² Cfr. op. cit., p. 37.

¹³ Loc. cit. Esta doble mediación que se da entre la materia y lo humano ha sido examinada detenidamente por Sartre en el tomo I de su *Crítica*, asignándole a la materia *trabajada* el papel de “motor fundamental de la Historia”; *Crítica*, I, p. 320; *Critique*, I, p. 294.

¹⁴ Cfr. *Crítica*, I, p. 260; *Critique*, I, p. 239.

proceso de reexteriorización al que aludía Sartre, según hemos consignado poco antes: lo que es exterior -la escasez-, tras ser interiorizado como *carencia*, se vuelve contra el otro en tanto éste constituye una eventual amenaza para nuestros propósitos. Tanto el otro como su contraparte (*nos-otros*) devenimos seres recíprocamente peligrosos; como ha dicho el autor de la *Crítica*, “*la simple existencia de cada uno está definida por la [escasez] como riesgo constante de no-existencia para otro y para todos.*”¹⁵ La violencia se muestra, así, en toda su faz de negatividad; pero no por ello deja de configurar una relación intersubjetiva, puesto que se trata de la relación negativa que una praxis mantiene con otra.¹⁶ Así, “[...] en cada acción violenta, toda la violencia existe como unificación, en y por ese gesto, de todas las oposiciones que enfrentan todos los hombres y que la han provocado.”¹⁷

Pero volvamos al match. *Todos* participan de esa violencia encarnada en la lucha de aquellos dos boxeadores, pues, cuando de la violencia se trata, *no hay testigos* sino solo participantes, como ocurre precisamente con el público boxeril. Y no hay testigos por cuanto la responsabilidad de la violencia, en las múltiples manifestaciones que pueda presentar, alcanza tanto al que la ejerce como al que la presencia y nada hace por impedirlo.¹⁸ Es cierto que no se trata de un combate a muerte, pero ello no impide que ésta, la muerte, constituya una especie de atmósfera en medio de la cual se despliega el match. La presencia latente de la muerte, sin embargo, no consiste en la peligrosidad de los golpes ni en el riesgo de terminar con la vida de uno de los contendores, o en que se produzca alguno de los nocivos efectos de esta práctica (ceguera, locura, alteraciones de tipo psicomotor, etc.). No. En el match, la muerte se hace presente en el posible K.O. anhelado por los

¹⁵ *Crítica*, I, p. 263. *Critique*, I, p. 241.

¹⁶ Cfr. op. cit., p. 287, nota; *Critique*, I, p. 264.

¹⁷ *Critique*, II, p. 37.

¹⁸ Cfr. op. cit., p. 39.

espectadores, el que funciona aquí como una realización pública de ella.¹⁹ No se trata de una representación "simbólica" sino de un riesgo real de muerte, la que no necesariamente ha de darse en el instante sino que, como ocurre en general, se produce bajo la forma de un progresivo proceso de deterioro que puede conducir a la eliminación del vencido sea por vía de la enfermedad, sea por no estar ya en condiciones de seguir boxeando y, por consiguiente, encontrarse ante la imposibilidad de ganarse dignamente la vida.²⁰ Semejante riesgo de muerte, entonces, guarda directa relación con la necesidad que cada boxeador tiene de provocar, en un cierto nivel, la muerte del otro para conservar la propia vida, lo cual no hace, según Sartre, sino reproducir en los propios boxeadores "la estructura social del régimen que los ha producido."²¹ Así, en ese match se encarna toda la serie de contradicciones que pululan en una sociedad de sesgo burgués y capitalista. Allí estarían todas nuestras violencias "sostenidas por la violencia fundamental de la que derivan",²² todo ello en ese universo de escasez en que parecemos estar condenados a sobrevivir como especie. Tal es el medio en que se desarrolla la relación intersubjetiva. No otro es el espacio en que se da el conflicto y sus diversas encarnaciones, las que expresan las varias formas en que la sociedad de nuestro tiempo experimenta el mundo de escasez en que se desarrolla.²³ Llevamos, así, la impronta de la escasez, que se constituye en la condición de posibilidad del conflicto social.

¹⁹ "[...] el gesto de golpear es un gesto que da la muerte [...]" (op. cit., p. 41).

²⁰ Cfr. op. cit., p. 57, nota.

²¹ Op. cit., p. 57.

²² Op. cit., p. 58.

²³ Cfr. op. cit., p. 60. En el actual estado de cosas, la escasez solo ha variado sus formas de manifestarse. La globalización en marcha -incontenible, al parecer- y la proliferación de tratados comerciales en sus múltiples variedades podemos entenderlas como *encarnaciones* de políticas socioeconómicas encaminadas a superar un estado de escasez fundamental o a aminorar sus efectos en las grandes masas.

II

Pero un conflicto puede encarnarse en otras singularizaciones y en distintos ámbitos. Sartre examina un caso particularmente interesante: el conflicto surgido al interior de la sociedad soviética en tiempos de Stalin y Trotsky. Sigamos al filósofo en este giro temático.

La figura de Stalin ya había sido abordada por Sartre en un duro artículo contra la sangrienta intervención de la URSS en Hungría con ocasión de los levantamientos de 1956. Se trata de “El fantasma de Stalin”, donde encontramos algunos planteamientos que el filósofo desarrollará más ampliamente en el segundo volumen de su *Crítica*. En las páginas de dicho artículo vemos intervenir la noción de encarnación -sin que ésta sea propiamente tematizada- a propósito de la figura de Stalin, un *individuo* que representaría “la integración social llevada al límite”²⁴ a la vez que la desconfianza ante la presencia difusa de los potenciales enemigos del socialismo. Pero sin esta suspicacia difícilmente el líder soviético se habría afirmado en el poder.²⁵ Sartre señala que semejante actitud -de claros rasgos paranoicos tratándose de Stalin²⁶- no es sino la otra cara de la *confianza* que la maquinaria burocrática tiene, y necesita tener, en su líder. Solo así el grupo puede pretender alcanzar su propia unidad; sin embargo, se trataría de una meta inalcanzable, dado que la verdadera unidad, la “unidad pura”, “el

²⁴ Sartre, “El fantasma de Stalin”, en Sartre, *Problemas del marxismo, II (Situations, VII)*, traducción de Josefina Martínez Alinari; Losada, Buenos Aires, 1966, p. 170. En adelante, “*Problemas, II*”. En *Problemas del marxismo, I (Situations, VI)* encontramos también, igualmente sin tematizarla, la noción de ‘encarnación’. Cfr. el extenso ensayo “Los comunistas y la paz” (partes I y II: 1952; parte III: 1954), en op. cit., traducción de Josefina Martínez Alinari; Losada, Buenos Aires, 1968, pp. 142, 196 y 255.

²⁵ Cfr. *Problemas, II*, pp. 189-190.

²⁶ Cfr. Laqueur, Walter: Stalin. *La estrategia del terror*; traducción de Aníbal Leal, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2003, especialmente capítulo 4.

acto", es solamente Stalin, según advierte Sartre²⁷ anticipando el tratamiento que hará del grupo en su *Crítica*, donde nos muestra que toda unidad grupal es esencialmente efímera y se sostiene en una permanente lucha contra la amenaza de su disolución.²⁸ Sin Stalin no hay unificación posible; en él se encarna no solo el grupo que le sigue y apoya sino la propia *Revolución de Octubre*, que, a su vez, sería la encarnación de todo proceso revolucionario. El dirigente soviético es, así, encarnación de encarnación.²⁹ En lo que respecta al grupo, éste, en cuanto unidad tensionada permanentemente por la amenaza de su disolución, se encuentra en otra parte, más allá de sí pero, a la vez, en sí mismo en tanto grupo *encarnado* en ese individuo, en ese líder. Mas, se trata de un foco de cohesión cuya fuerza le viene del *temor* que los integrantes del grupo experimentan ante el aparato burocrático que ellos mismos sostienen en la figura de Stalin.³⁰ En este sentido, el dominio que es capaz de ejercer por sí sola la gran maquinaria burocrática -como lo ha mostrado Weber en su oportunidad³¹- se ve reforzado por el culto a la personalidad propiciado por el propio Stalin. Semejante combinación de temor y adoración centrada en el dirigente revolucionario se refleja en el sesgo autoritario y contradictorio que adoptará el socialismo en la ex

²⁷ Cfr. Sartre, op. cit., p. 172.

²⁸ Sartre aborda el tema de la constitución de un grupo revolucionario en el libro II ("Del grupo a la historia") del primer tomo de su *Crítica*.

²⁹ Cfr. *Critique*, II, p. 238.

³⁰ Cfr. *Problemas*, II, loc. cit. En la *Crítica* el tema del terror ocupa un lugar destacado, como instancia unificadora del grupo y en tanto contrapeso de la tendencia hacia su disolución o ante la amenaza de desertión; cfr. especialmente *Crítica*, tomo I, libro II.

³¹ Cfr. Weber, Max: *Economía y sociedad*, edición preparada por J. Winckelmann, varios traductores; F. C. E., Santafé de Bogotá, 1997, pp. 173 ss. Pensamos, sin embargo, que ha sido Kafka quien nos ha entregado, a través de su inquietante mundo literario, el mejor y más descarnado retrato del poder soterrado y deshumanizante de la burocracia; *El castillo* y *El proceso* constituyen una buena prueba de lo que sostenemos.

Unión Soviética. La atmósfera de desconfianza en medio de la cual se hará visible el traidor, el corrupto y el contrarrevolucionario posibilitará las grandes purgas; cualquier alejamiento de la línea fijada por el partido pondrá en evidencia que *jamás* se había sido fiel a la causa revolucionaria. Al respecto, Sartre sostiene: "Las grandes acciones que les valían tantos honores y tantos elogios, de repente se descubre que eran crímenes; hay que estar dispuestos a revocar todos los juicios, a desprestigiar al hombre que se ponía por las nubes sin asombrarse jamás de haberse equivocado durante tanto tiempo [...]"³² Así, los héroes, como por arte de magia, se transmutan en villanos. Y esto, por cuanto ponen en peligro el proyecto central de la política estaliniana expresado en el controvertido eslogan que lanza el líder en 1924, el de "*socialismo en un solo país*". Detengámonos en este "monstruo ideológico", como lo calificará Sartre en el volumen póstumo de su *Crítica*.

En primer lugar, habría que tener presente que dicho eslogan no quedó circunscrito a la URSS sino que se encontraba destinado a todas las democracias populares "como catecismo y como tarea."³³ Mas, por ello mismo, esas democracias se veían en la coyuntura de tener que incorporar una planificación económica foránea -la de la URSS- con desastrosas consecuencias tanto para las economías nacionales como para la ciudadanía en general, pero sin que esta situación fuese abiertamente reconocida por todos en su real dimensión. En el caso específico de Hungría en la segunda postguerra, Sartre consigna que "El

³² *Problemas, II*, p. 173. Walter Laqueur, en su trabajo ya citado, registra un caso especialmente revelador de esta curiosa metamorfosis sufrida por los caídos en desgracia ante el líder soviético, solo que ahora se trata de la apreciación de un extranjero, supuestamente experto en los asuntos soviéticos, Sir Bernard Pares. Éste, refiriéndose a G. E. Zinóviev, acusado -como tantos otros- de conspirar contra Stalin, sostiene que "fue obligado a confesar y murió humillándose, *como el cobarde que siempre había sido* (...)." En Laqueur, op. cit., p. 95; subrayado nuestro.

³³ *Problemas, II*, p. 179.

sistema se mantenía aún porque nadie conocía la verdad entera [...]. Los dirigentes no medían la extensión de los desastres; les mentían [a trabajadores y técnicos], y ellos mentían a Stalin”,³⁴ actitud que, si nos situamos en la óptica del filósofo francés, cabría calificar de solapadamente *violenta*, en la medida en que la mentira es una de las tantas figuras de la violencia a la vez que constituye un inequívoco signo de fracaso en la relación intersubjetiva.³⁵

Ahora bien, y como señala Sartre, era de esperar que el proyecto de la nueva sociedad avizorada por Marx y Lenin intentara llevarse a la práctica, primeramente, en la cuna de la revolución. En este sentido, lo que Stalin defendía era, precisamente, la encarnación de la revolución en ese país concreto, en esa situación determinada. De aquí, entonces, lo peligroso que resultaba el proyecto de Trotsky puesto que implicaba el riesgo de que la revolución cayera en una universalización abstracta “en el momento mismo en que su encarnación la ha singularizado.”³⁶ A partir del choque de los proyectos de Stalin y Trotsky -encarnación de un conflicto de gran complejidad- se empiezan a gestar las condiciones para que surja ese desconcertante eslogan. Pero es momento de preguntarse, ¿por qué estaríamos ante un monstruo ideológico? La respuesta de Sartre es categórica: porque dice más de lo necesario, distorsionando las exigencias precisas de la situación y dándoles una unidad sintética de la que carecen. “Es una *manera* de decir: no contamos sino con nosotros mismos.”³⁷ Pero suscribir el eslogan supone renunciar a la revolución proletaria mundial -alcance universal que, sin embargo, no puede dissociarse de la noción misma de ‘socialismo’-; los proletariados de los demás países deben movilizarse, entonces, no en pro de su propio

³⁴ Op. cit., p. 182.

³⁵ Cfr. Sartre, *Cahiers pour une morale*, edición al cuidado de Arlette Elkaim-Sartre; Gallimard, París, 1983, p. 203.

³⁶ *Critique*, II, p. 112.

³⁷ Op. cit., p. 114.

proyecto revolucionario sino únicamente para defender a la URSS. Insistiendo: suscribir el eslogan implica renunciar al internacionalismo y a la revolución permanente. Las palabras finales del célebre manifiesto que redactaran Marx y Engels quedan, así, reducidas a un simple *flatus vocis* o bien al llamamiento en pro de una voluntaria autoinstrumentalización por parte de las clases trabajadoras ajenas a la URSS. Pero el eslogan no se queda sólo en el nivel de la determinación verbal sino que se institucionaliza, en la medida en que propaganda, praxis y porvenir quedan definidos por él.³⁸ También servirá para autocalificarse de fiel o infiel al grupo; se está en favor de una revolución real y concreta, desplegada en un país determinado, o se permanece en el nivel de una universalidad impracticable que a nada conduce. En todo caso, las dos facciones en pugna reclaman, cada una, ser la encarnación auténtica de la revolución,³⁹ situación que, desde nuestro punto de vista, no debe sorprendernos demasiado, dado que en el plano político siempre es el otro el que está equivocado -así como la acción desplegada por el violento, según Sartre, sería vista por éste solamente como una respuesta a la violencia que previamente ha tenido que sufrir por obra del otro-.⁴⁰ En consecuencia, el eslogan nos pone ante una idea *juramentada*,⁴¹ la que, mientras obliga a los dirigidos, deja a los jefes en libertad de acción: ellos no están obligados a ayudar al resto de los proletariados; si lo hacen, será únicamente porque han asumido voluntariamente, por su sola generosidad,⁴² una misión que nadie ni nada les impone.

³⁸ Cfr. op. cit., p. 115.

³⁹ Cfr. op. cit., p. 76.

⁴⁰ Cfr. *Crítica, I*, p. 283; *Critique, I*, p. 260.

⁴¹ El tratamiento sartreano más detenido sobre el juramento y su función al interior de un grupo lo encontramos en el libro segundo de la *Crítica*. Nos hemos referido a este tema en nuestro artículo "Violencia e intersubjetividad en Sartre".

⁴² Cfr. *Critique, II*, p. 117.

Sartre destaca que, en un principio, el eslogan se encuentra atravesado por una indeterminación originada en el término "socialismo", que se utiliza indistintamente con el término "comunismo" para referirse a la sociedad futura, sin Estado ni clases, y donde las herramientas de trabajo serán posesión del conjunto de los trabajadores. Mas, ocurre que la socialdemocracia también se define como socialista, solo que pretende alcanzar la fase socialista tras un largo proceso de reformas. Pero entonces la palabra "socialismo" sufre -en un típico juego de mala fe, como diríamos aplicando las claves correspondientes que nos ofrece Sartre⁴³- una ligera transformación semántica, pues ahora servirá para designar *también* "la ilusión reformista de la socialdemocracia."⁴⁴ Como resultado de lo que se ha expuesto, el término "comunismo" tendrá la ventaja de la precisión pues servirá para designar el régimen socialista pero solo en cuanto alcanzable tras un proceso revolucionario. Gradualmente, sin embargo, la palabra "socialismo" adquirirá una nueva significación: la de representar una etapa en la transición al comunismo. En consecuencia, la distinción entre *socialismo* y *comunismo*, en la medida en que apunta a diversas fases en la evolución de la sociedad soviética, presenta un valor práctico y popular. Lo que caracterizará al socialismo no será ni la abundancia ni la desaparición total de las clases; tampoco la soberanía obrera. Lo propio del socialismo será "la supresión de la explotación y de la opresión", esto es, "la apropiación colectiva de los medios de producción."⁴⁵

Ocurrirá, entonces, que la fórmula "socialismo en un solo país", originalmente falsa -por ser intrínsecamente contradictoria-, deviene verdadera bajo la condición de considerar al socialismo como un proceso

⁴³ En algún momento, Sartre caracteriza la mala fe como "cierto arte de formar conceptos contradictorios, es decir, que unen en sí una idea y la negación de esta idea"; *El ser y la nada*, p. 90.

⁴⁴ *Critique, II*, p. 126.

⁴⁵ Op. cit., p. 127.

de transformaciones sociales y económicas que media “entre el momento abstracto de la *socialización* y el momento concreto del *disfrute común*”, lo que puede desembocar, en opinión de Sartre, en algo parecido al infierno.⁴⁶ Pero hay más: el eslogan se ve alcanzado por su falsedad original, en la medida en que empiezan a surgir en Europa diversas democracias populares a la vez que se produce el triunfo de la revolución en China,⁴⁷ con lo cual el proyecto de Trotsky -al menos en aquellos momentos- mostraba claros signos de viabilidad. Así, como resultado de dar una mirada de conjunto al complejo y violento proceso subyacente a la forzada defensa del eslogan,⁴⁸ se deja entrever, como velada y ubicua amenaza, aquella destructiva reorientación que, por diversas razones, puede sufrir un proyecto, convirtiéndose, eventualmente, en la más rotunda de sus negaciones.⁴⁹ Como podemos desprender del examen de Sartre -que va mucho más allá de lo que aquí hemos considerado-, el estalinismo constituyó el dramático caso de la encarnación intrínsecamente contradictoria de un programa político condenado desde su nacimiento, y por su propia inconsistencia, a un estrepitoso fracaso. Con seguridad, el mismo Sartre derivó en una encarnación de este tipo; solo que lo hizo con la dolorosa conciencia aneja a una reflexión filosófico-política desplegada al margen de toda autocomplacencia y en permanente conflicto consigo misma.

⁴⁶ Op. cit., p. 128. Sartre sabía perfectamente de qué hablaba; los tiempos de su primera visita a la URSS (1954) habían quedado atrás así como su renuencia a reconocer lo que había constatado en ese entonces -la permanencia, tras la muerte de Stalin, de campos de concentración para prisioneros políticos-.

⁴⁷ Cfr. loc. cit.

⁴⁸ Cfr. W. Laqueur, op. cit., especialmente capítulos 2 al 7.

⁴⁹ Pensamos en la noción sartreana de ‘contrafinalidad’, que hay que entender, básicamente, como el resultado adverso de una praxis, la que se vuelve negativamente contra sus autores; cfr., entre otros muchos lugares, *Crítica, I*, pp. 297 ss., *Critique, I*, pp. 262 ss. ; *Critique, II*, pp. 67 ss., p. 247.